



2. Éramos una manada de lobos

Álvaro García Miguel (Coca, SG)

La realidad ocurría como prolongación de un relato de ficción, y por eso nos sentíamos legitimados para cambiar todas las cosas. Lo primero, los nombres: Akela, Bagheera, Baloo... y a partir de ahí todo lo demás. El texto originario no tenía ninguna función normativa. Sólo estaba allí como depósito inagotable de nombres, de situaciones, de sucesos. Los conflictos los poníamos nosotros, los traíamos de fuera, de casa, del colegio, de la calle, y en cuanto se ponían a la luz, dentro del corro, a la vista de todos, ya eran del grupo. Éramos una manada de lobos: el éxito de cada uno constituía un logro de todos, las dificultades de cada uno sólo se superaban con la colaboración de todos, juntos triunfábamos o fracasábamos, por encima de todo éramos un colectivo. Y sin embargo, no he conocido mayor respeto por la libertad de cada uno, mayor protección de la intimidad individual. Todos éramos valiosos por algún motivo, todos teníamos alguna cualidad que resultaba particularmente provechosa para la manada. Todas las habilidades, ya fueran superfluas o necesarias, eran requeridas en algún momento para la buena marcha colectiva. El objetivo principal era disfrutar esforzándonos, y viceversa. Siempre había algo por hacer, siempre un reto por delante, algo que había que

alcanzar, o mejorar, o rectificar, o inventar... una tarea colectiva.

Sé que suena demasiado bonito, que no parece verdad. Se dirá que la distancia sólo me deja ver lo bueno y me desdibuja lo malo. Vale, puede ser. Pero si aquello ha logrado dejarme un recuerdo tan hermoso, es que tuvo que ser algo verdaderamente bueno.

Inevitablemente, fui creciendo, y llegó un día en que el relato se me quedó infantil, pequeño, plano. Entonces, de una forma natural, como abordando la segunda fase de aquella experiencia, paso a paso, entré a formar parte de una organización política clandestina para luchar contra la dictadura. Y gracias a las habilidades, costumbres, planteamientos y exigencias que había vivido en aquella manada de pequeño, me sentí luego como pez en el agua en la nueva empresa colectiva. Además, resultó para mí una grata sorpresa averiguar que muchos de los que, por caminos diversos, habíamos desembocado en la lucha antifranquista, habíamos pertenecido a alguna de aquellas manadas. Después vinieron más retos colectivos, todos deudores de aquella primera raíz.

Creo que aquella experiencia me ha marcado de forma determinante, es lo que me ha hecho tal como soy, mucho más que la familia o la escuela.



3. Encuentro colombiano con el P. Fernando López Vega

Alma, corazón y sombrero

Javier Álvarez (VA)

Hemos pasado la tarde del último 28 de agosto con el P. Fernando, un escolapio de 88 años, que aún guarda un recuerdo entrañable y vivísimo de sus años en Colombia vinculado a los scout. Allí aceptó en 1956 sustituir al capellán de la tropa con chavales gratuitos del colegio, entre 12 y 23 años, que muchos hoy serán abuelos.

Era la "Tropa 18", integrada en el Equipo Regional de Adiestramiento (ERA) de Medellín y se

componía de tres patrullas de 5 ó 6 chavales cada una. Realizaban sus actividades a partir de la idea de que el escultismo tiene que endurecer al scout; el objetivo era conseguir por etapas que el chico fuera autosuficiente, al tiempo que participaba de forma activa en su comunidad.

El P. Fernando parece tener la memoria en los dedos, de lo bien que recuerda todo lo que fabricaban con las manos: hicieron el local scout en la finca del colegio con casetas de caballos



y, entre otras muchas actividades, menciona el aprendizaje de los nudos, como un elemento fundamental de la supervivencia en el entorno y tan útiles después para hacer cosas más importantes como pequeños puentes. Otra consistía en positivar huellas de animales, algo fundamental para conocer y comprender mejor el medio que les rodeaba. Construyeron incluso una torre de tres metros de altura con *guadua*, una caña muy resistente, que aseguraron con tres vientos y encima de ella situaron una tienda de campaña.

La religión también estaba presente. Del obispado no obtuvo más que cinco permisos para misas al aire libre. Para poder realizar correctamente el ritual tenía que transportar en una mochila varios kilos con el ara y otros elementos para la misa que disponían en un improvisado altar de piedra. En otras tropas los chavales provenían de las parroquias y los barrios, pero los capellanes apenas salían con ellos de acampada.

¡Era la mejor tropa del ERA!, dice. El P. Montenegro rotuló en una chapa un letrero donde se leía "Tropa 18", visible desde la carretera e incluso desde el avión. Una madre le dijo un día: "Usted pone alma, corazón y sombrero: mis hijos están cambiados". El universitario jefe de la tropa, solía decir que el capellán era como el corazón, que no se ve, pero...

Trabajó en Colombia hasta la víspera del atentado de Kennedy en 1962. Los medios eran escasos y no siempre se recibía toda la ayuda necesaria; pero su compromiso era firme y allí



Fernando.

invirtió todo su dinero personal; con lo poco que le quedó sólo le trajo un aparato de radio a su madre.

Cuando volvió de Colombia el movimiento scout de Salamanca, por ejemplo, era algo distinto. Los chicos eran más jóvenes y estaban más protegidos; eso los hacía más blandos que los de Colombia. Solían abandonar la pañoleta a los 14 años sin llegar a hacerse jefes scout; aunque el P. Fernando piensa que las experiencias y conocimientos adquiridos por los chavales mientras estuvieron vinculados al escultismo marcarían de algún modo el resto de sus vidas.

Tal vez, dice, sus mejores alumnos fueron, más tarde, los del colegio de Getafe en pretecnología. A este escolapio –obrero– trabajar con las manos siempre le ha motivado; aún los recuerda con mucho cariño.

4. *Boy Scouts* en Angola

Angelino Tchivandja (Luanda)

(Traducción de Educar(NOS) del original portugués)

Cuando supe de este Educar(NOS), pensé enseguida en un amigo scout con el que trabajé en Malanje, provincia al norte de Angola, de 1998 a 2001, periodo de convulsiones políticas origen de guerras impenitentes. A él se debe esta sencilla exposición. Es el Jefe nacional scout, António Sardinha.

El tema nos lleva a la repercusión de los nobles ideales educativos de Baden-Powell, que orientó a la juventud sobre principios relacionados con Dios, consigo mismo y con el otro diferente, el prójimo, y ciertamente con la natu-

raleza; lo religioso, el humanismo y la ecología. El Escultismo llegó a Angola en 1924 desde Portugal y desde 1932 el Corpo Nacional de Escutas (CNE) se expandió más por las parroquias hasta cerrarse en 1975 a causa de la perturbación sociopolítica que acabó con la Independencia. Se reanudó en 1990 con la Associação Nacional de Escuteiros (ANE), unidos a los Escuteiros Católicos de Angola (AECA) el 2.12.1994 en una única Associação de Escuteiros de Angola (AEA) presente en 18 provincias, con 214 agrupaciones y más de veinte en preparación, no sólo en los